

De alquileres y demás (II)

Pisos mal amueblados, con goteras, falta de ventilación y suelos apolillados

Santiago (Por Ana Liste). Hemos comentado alguna vez desde estas páginas que entre la zona antigua y la zona nueva de la ciudad, se marca una sutil frontera, un algo étéreo a veces, a veces concreto, que delimita y precisa algunas cosas. Ayer veíamos pisos y cuartuchos de alquiler en Santiago de Chile, nos subimos por las escaleras de la calle Nueva. Comprobamos que algunos estudiantes pagaban la novatada, conformándose con pisos oscuros en los que el estudio y la concentración que requiere no deben ser tareas fáciles. Pero otros muchos son veteranos ya, estudiantes en la recta final, en la última etapa de lo que habrá sido una larga «carrera». Y no se comprende que éstos no hayan sabido espabilarse, caminar pronto, conocer los entresijos de la ciudad para encontrar un lugar accesible y habitable. Como los anteriores, por dejadez o lo que sea, ellos también pagan las consecuencias de esa ausencia de orden y honradez que afecta al tema de los alquileres de los pisos.

En la zona vieja las cosas son diferentes. Claro que sucede también que los precios se han disparado, casas enormes acondicionadas por norma general a modo de chapuzas, goteras, falta de ventilación, suelos apolillados. Por lo que respecta al mobiliario, algún que otro armario de estilo, en medio de las piezas de siempre, camas infames y estrechísimas, sillas que se caerán de puro viejo al primer embate que se les venga encima. Sin embargo, parece que últimamente los propietarios comienzan a suprimir por lo menos esas papeletas agobiantes que se habían adueñado de las paredes, flores y rombos de pesadilla, un auténtico desastre, un atentado contra la estética.

Algunos hay que después de una loca y rápida carrera, de un combate casi cuerpo a cuerpo con otros muchos aspirantes, han conseguido cualquier maravilla, como esos chicos de la calle de A Troia, con un palacio de dos entradas, banco en el jardín y camas con dosel incluidas en el contrato. Treinta mil pesetas al mes, dos cuartos de baño y un sueño para alterar el sueño de los que han perdido la ganga. En estos casos se hacinan, viven todos juntos para poder tocar un techo semejante, seis por cinco, treinta. Y en otros casos la falta de armonía, las concepciones diferentes sobre las cosas, la costumbre del desayuno que unas manos amables han recalentado durante toda una vida cuando por descuido el desayuno se enfriaba la costumbre de una familia, en una palabra, hacen que las cosas no vayan del todo bien.

No se vayan a creer que vivir en un pisito o pisazo es la de Baco, que allí se lo pasan los nenes... Por regla general, cuando los desperdicios y las botellas de plástico y los restos de tabaco no se amontonan bajo las ventanas, la «experiencia» termina como el lucero del alba. Porque antes se marchaban para vivir con sus novios o sus novias, pero hoy esto se ha pasado de moda y el problema fundamental, el problema más lamentable del cotidiano y pesado existir de cada día, es que nadie sabe o nadie quiere freirse un huevo. Y esas discusiones de pesadilla dominan sobre las demás cosas.

Pisos entre septiembre y julio

En la zona vieja se instalan con preferencia los que se han «currado» la cosa, los que se vistieron de domingo y de buen modo se enfrentaron con el propietario de turno. Previamente, un sin fin de panaderos y carniceros y comercios de velas o comestibles o zapateros, han

visto desfilar a esta ristra de estudiantes: ¿Sabe usted de algún piso que se alquile por la zona?

Como en la otra zona, los contratos hirientes, fuera de órbita, gravarán también los bolsillos de las pocas familias que se arriesguen por esos pagos, gente que en muchos casos se verá obligada a aceptar contratos de temporada que subirán vertiginosamente cada diez meses, estudiantes que encontrándose bien en ese entorno, se verán en la tesitura de tener que saltar la casa cada vez que julio aparece en el horizonte, para volver a empezar el viacrucis en septiembre: ¿Por qué se tienen que ir? Parece que podría ser oportuno ordenar estas cosas, frenar la especulación en la medida de lo posible, vivir de un modo más lógico.

Por otra parte, están también las pensiones, algunas quedan en pie, a pesar de esa tendencia migratoria, de ese afán de estudiar en una de las zonas para vivir después en la otra. Abundan en todos los escaparates los anuncios de pisos para compartir, habitaciones para compartir, camas para compartir también el día menos pensado, de seguir con esta marcha.

Y en las pensiones que si el agua, que si te duchas media hora o todos los días, que si las mesas son demasiado pequeñas, que si llega un amigo te ponen mala cara. Un tira y afloja dura todo el año. Unos pensando que el patrón o patrona es un histérico, interesándose por todas y cada una de sus manías. A saber lo que pueden pensar los patrones sobre esta gente y sus particulares hábitos. Pero a nosotros el tiempo se nos ha detenido en dos «negocios», dos casas de las de siempre, con vistas a la catedral o a Tránsito de los Gramáticos, la callecita esa.

Una pensión en la casa de la Parra

De coroneles, de generales nos habla Elena Vázquez, ochenta y un años y una cara lozana y un temperamento como la copa de un pino, y unas formas y un material como para nutrir archivos. Su madre, María Barreiro, fue contemporánea de los tiempos y las lides de la casa de la Troya. Una «mujer honrada, muy buena persona»: «El verano pasado llamó un señor y preguntó ¿doña Elena Vázquez? Soy yo. Y yo Casamayor, de Zaragoza. Vengo a



Elena Vázquez, desde los treinta años está al frente de una pensión. El negocio lo heredó de su madre.

verla y no estaba nada seguro de que la fuese a encontrar. Es natural ¿quién no se muere? Si se ha muerto ya Carlos Santa Cruz, murió Claudio, murió uno que era magistrado, de los de Baladrón de La Coruña, murió Pancho el canario, tantos y tantos. El canario también.

Elena Vázquez nació entre estudiantes, y heredó el negocio cuando lo tuvo que dejar su madre. Lo que no heredó fue la casa de la Parra: Allí nació, en ella me crié y allí murió mi padre. Había sido de unos monjes y después la compró un americano que al regresar a la Argentina, parece que murió en el barco y lo tiraron al mar, sin documentación ni nada. Y de repente nos dijo una señora que se vendía la casa. Nosotras lo consultamos, pero eran once mil duros y ¿quién los tenía? A lo mejor aparecían los herederos y se quedaba usted sin dinero y sin casa. Después la compraron los de la banca Hijos de Olimpio Pérez, vino el Instituto de Previsión para ahí y no la volvió a tener ningún particular».

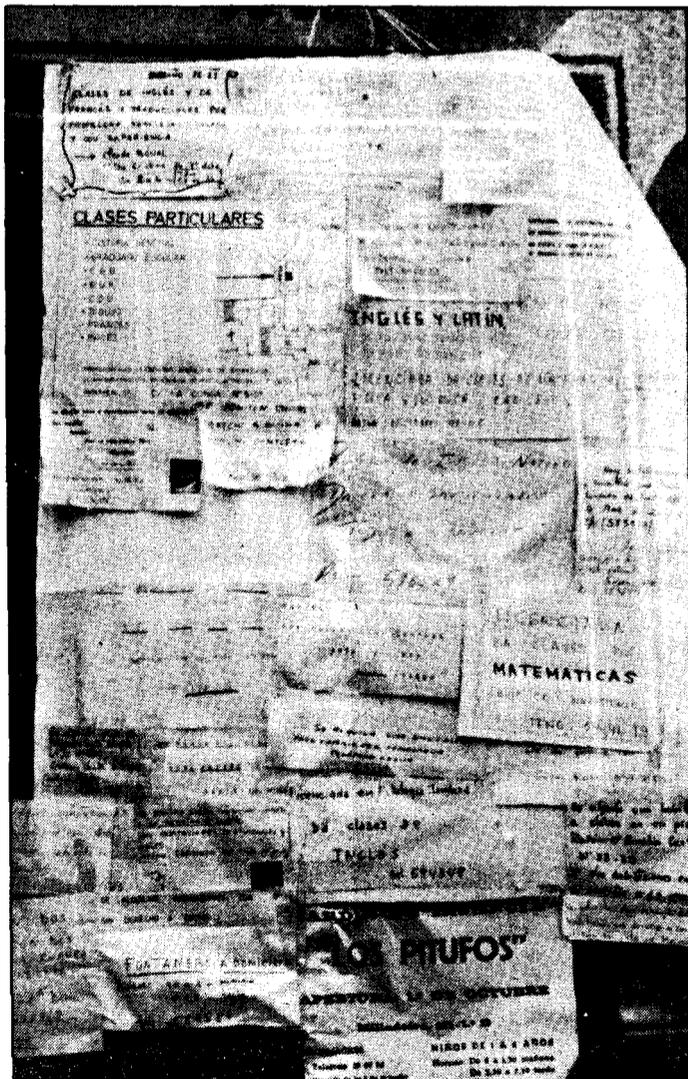
Elena Vázquez se trasladó al edificio próximo y desde los treinta años siguió al frente de la consabida pensión. Algunos disgustos, es cierto, pero en general, satisfacciones. Porque cuando uno tiene dinero se lo gasta y cuando uno tiene que servir, se sirve si hace falta, nos dice en la puerta que franquea al paso después de haber sabido que las escaleras no tienen par, pinotea de la mejor calidad. Y unas ventanas que no invitan al sueño precisamente, toda la catedral de frente, la Quintana, armarios añejos y camas y mesillas de noche con estanterías de mármol. Algún empleado, un corredor de comercio y un par de estudiantes también, por no perder la costumbre. Ya no se hacen comidas y la casa está con un cierto aire de vacío por los rincones. Es que los estudiantes no dan con estas cosas, parece mentira.

Tránsito de los Gramáticos

Habrà sus más y sus menos, seguro que algún problema habrán tenido también, de estas cosas que suceden cuando viven unos cuantos todos juntos con servicios más o menos comunes. Para Lelucha Pitá Casal hay

una diferencia entre los clientes más jóvenes que vienen confiados por sus padres: «Si una niña no viene a dormir le digo que me avise, hay que tener un punto de contacto porque si no, es una responsabilidad. Con los mayores es diferente, hombre, claro que no debe uno meterse porque una cosa es gobernar y otra muy diferente es regir. En todo caso, si faltan durante tres o cuatro días se les puede dejar una nota en el cuarto, para saber que no ha sucedido nada».

En las habitaciones las camas aparecen de dos en dos, otras son individuales y están llenas de plantas, pequeños cosmos al modo de cada uno. Si no se hacen la cama se les hace, si se la hacen, santas pascuas. Comen o no comen ahí, según cómo les vaya, según el tiempo que tengan y lo que les venga en gana. Pero llegan unos a través de otros, gente conocida que se integrará en un ambiente más o menos familiar. Algunos, también, siguen recibiendo ahí su correspondencia después de años de ausencia. Claro que hay una diferencia abismal del año 49 a éste, son formas de vida completamente distintas. Cada uno vive a su ritmo y todos un poco al ritmo de la casa. Tienen su horario y su llave, sus amigos que llegan y, a veces, también se quedan. En otro cuarto o en el duro suelo, sobre un saco de dormir. Prima el que no se moleste y nada más: «Yo puedo estar con personas, con gente a secas, no. Para mí es compañía, vivir rodeada de gente joven que te hace vivir». En Tránsito de los Gramáticos son siete mil pesetas por cabeza en habitación independiente o doble. Siete mil mensuales, y suerte para el que llegue a tiempo. Lugares como éstos parecen evocaciones de novela. Diferencias notables entre unos sistemas y otros, entre formas y concepciones de vida. Mientras estos lugares parece que levitan en virtud de un tiempo que apenas transcurre, los «pisuchos» los pisitos y los cuartos de vergüenza y usura, siguen cotizándose como si nada. En última instancia, también hay que decir que los estudiantes, a veces, se conforman con cualquier cosa. No es que lo tengan muy fácil, pero tampoco lo tienen tan negro.



Anuncios de todo tipo para estudiantes. El más rápido, paciente y entendido se llevará lo mejor.